

Prólogo

Súbete al coche

Éste es el trato.

Vamos a dar una vuelta.

Ahora, calma.

Se acabó el tiempo, tienes que subirte.

Hemos traído la cinta. ¿Prefieres gris?, ¿marrón? No importa, mueve el culo y súbete.

Tenemos la bolsa de plástico, las armas cargadas.

¿Nos estabas esperando?

Todo el mundo nos está esperando, pero nuestra lista es muy larga.

Todos fingen que nunca llegaremos.

Pero todos están en la lista de alguien.

Bueno, para ti la espera ha terminado.

Voy a decirte algo sobre la temporada de asesinatos.

¿Qué?

¿No te gusta la violencia?

Entiendo.

Pero súbete al coche.

¿Dices que es difícil ver por las ventanillas oscuras?

Ya aprenderás lo que es la oscuridad.

Miss Sinaloa es un detalle. Era especial, muy fina.

Subió al coche, por supuesto. Qué paseo, Dios mío.

Bueno, sí, está el tema de la cocaína, el whisky y la cordura que podría socavar su posición en la comunidad.

PRÓLOGO

¿Ves a esa gente en la calle fingiendo que no existes y esta máquina enorme con las ventanillas oscuras, fingiendo que nada de esto te está pasando a ti?

Eso eras tú hasta hace unos pocos minutos.

¿Los asesinatos?

El asesinato es, simplemente, una pieza mínima de la vida que puede ser despachada como excepcional, irracional o extrema.

Aunque es curioso cómo, si matas con estilo, logras atraer la atención de todo el mundo.

En realidad sabemos que, aun en nuestro mejor momento, sólo podemos conocer las piezas mínimas de la vida.

¿Qué, no estás a gusto? ¿Está muy apretada la cinta que te ata las manos detrás de la espalda?

Cierra la puta boca.

¿Quieres que te reviente la pistola en medio de tu fea cara?

¿No?

Así está mejor.

Ahora cállate antes de que tenga que ponerte cinta en la boca.

¿Qué estaba diciendo?

Oh, sí.

Todavía podemos creer que la destrucción de otra vida humana es un acto extremo.

A menos, por supuesto, que el asesinato sea obra de los gobiernos. O si el asesinato cae sobre un grupo vago y variopinto como el de los terroristas, los traficantes de drogas o los gánsteres, o personas —y esto varía según la zona— de otro color o religión.

Además, como puedes ver, en realidad no hay de qué preocuparse; la gente sabe cómo ignorar cualquier cosa que interfiera con la forma que tiene de mirar el mundo.

Sí. Lo digo de verdad. La gente puede convivir con los asesinatos, saber que las personas desaparecen a plena luz del día y seguir tan campante diciendo «eran malas personas» o «no es algo que ocurra tan a menudo».

PRÓLOGO

¿Qué?

¡Deja de mover la cabeza. No hagas ni digas nada!

¿Entiendes?

No estás más que dando una vuelta. Y esas cosas que has dicho no importan; bueno, a lo mejor ahora cambias de opinión, sólo un poquito.

El truco es irse, desaparecer y dejar de pensar en los asesinatos.

En los primeros once días de agosto, setenta y cinco bajas. El lunes, 11 de agosto, quince asesinatos.

Déjalo correr, que se desvanezca, pasa la página, cambia la música.

Voy a contarte un incidente.

He vuelto de las sombras en contra de mi voluntad.

¿Qué?

¿No me crees?

Créeme.

El incidente, sí, el incidente. Una mujer, muy guapa, va con una amiga a una fiesta que ofrecen unas personas que, aparentemente, trabajan en la industria de la droga. Esta mujer de la que te estoy hablando, cabrón, escúchame porque, si no, te puede llevar la chingada... bien, esta mujer vive en el sur de Chihuahua y tiene poco que ver con Juárez, así como Juárez tiene poco que ver con el mundo real, ¿sabes?, Estados Unidos, Europa, ese tipo de lugares donde el mundo real existe.

En cuanto llega el coche, se sube y uno de los hombres le da dinero a su amiga, que no va a ir a la fiesta.

En los días siguientes es violada por varios individuos.

Cuando regresa a su vida de todos los días, denuncia los hechos ante las autoridades y súbitamente se encuentra en la primera plana del periódico. Como la hemorragia que tiene en la vagina y el recto no para, permanece oculta. Recuerda que en el hospital fue relegada porque su caso no fue considerado una emergencia.

Y así va convirtiéndose en un detalle. Así es la vida. Todo se convierte en un detalle si interfiere con el panorama general.

PRÓLOGO

Ella no conocía a Miss Sinaloa, pero ahora las dos se conocen de verdad y pasan toda la noche hablando; oírlas en la oscuridad me quita el sueño.

Pero voy a ocultar estas cuestiones. Soy cobarde por naturaleza y no me gustan ni las ciudades, ni los sonidos fuertes, ni las armas, ni la violencia, ni tampoco las acequias de aguas negras.

He estado dos veces en una ejecución, y la limpieza importa, las moscas que atraía la sangre volaban alrededor de mi cara. No puedo recordar los nombres de los muertos, apenas los recuerdo a ellos, pero el zumbido de las moscas en mi cara todo el tiempo me sigue en los buenos restaurantes, me acosa en recitales de poesía o en conciertos de música, dentro de las apacibles fortalezas de la cultura.

¿Piensas que estoy loco? Puedo ver cómo me miras; y sí, puedo entender por qué tienes tus reservas. Pero tú no tienes que oír a las dos mujeres hablando toda la noche. No puedo decidir qué es peor: cuando están llorando o cuando se están riendo.

Y algo ha cambiado en el interior, algo en alguna parte profunda, cerca de ese lugar que nunca podemos localizar pero que con frecuencia es el núcleo de nuestro ser. En el pasado he cubierto noticias de secuestros, asesinatos, debacles financieras, el caos que mi especie es capaz de producir. Pasé tres años metido en reportajes de crímenes sexuales. Hay muy poco dentro de mí que no haya sido maltratado, arrancado o envenenado. Pero el camino que seguí con Miss Sinaloa demostró lo poco que valía toda mi experiencia. No he entrado en el país de la muerte, sino más bien en el país del asesinato. Y en este país he aprendido que matar está bien.

Durante años imaginé una historia de mi tierra, y he encontrado que la manera en que podía entenderla era a través de su furia elemental.

Freeman Dyson, un importante físico, una vez trató de expresar el encanto del poder y de la muerte. «Lo he sentido yo mismo —ad-

PRÓLOGO

virtió—. El brillo de las armas nucleares. Es irresistible si te acercas a ellas como científico. Sentir que lo tienes entre las manos para liberar esa energía que alimenta a las estrellas, y hacer lo que te apetezca. Para realizar estos milagros, para levantar un millón de toneladas de roca en el cielo. Esto es algo que da a las personas la ilusión de un poder ilimitado y es, en cierto modo, responsable de todos nuestros problemas; esto que podríamos llamar “arrogancia técnica”, que obnubila a las personas cuando ven lo que pueden hacer con su mente.»

Creo que Dyson cometió un error en un detalle: esta atracción por la masacre y el poder no es, nada más, una tentación de la mente.

He encontrado ese brillo en una habitación con moscas sobrevolando la sangre fresca que había en el suelo y en las paredes. Una vela brillaba en la esquina debajo de un crucifijo. Los cuerpos habían sido retirados y había muerto el fuego de la ametralladora. No había quedado nada, sólo las moscas y la llama.

Imagina que vives en un lugar donde puedes matar a quien quieras y no pasa nada, salvo que se cae muerto. Nadie va a detenerte. Tu nombre no aparecerá en los periódicos. Puedes continuar con tu vida. Y con tus asesinatos. Puedes secuestrar a una mujer, violarla durante varios días y no pasará nada. Si quieres, si esa mujer no te ha gustado, bien, puedes matarla después de violarla. Puedes estar tranquilo, que tus actos no tendrán consecuencias.

Ya es suficiente. Apenas puedo hablar de este cambio dentro de mí. Apenas puedo esperar que los demás me entiendan.

¿Cómo pudo sucederme esto?

Comenzó con una mujer.

Al principio no estaba buscando a Miss Sinaloa. De hecho, nunca había oído hablar de ella y no tenía ninguna razón, ninguna razón en absoluto, para pensar que existía. Lo recuerdo claramente, era un día luminoso de invierno, el sol caía sobre mí, y el desierto parecía amable y generoso, después de pasar el tiempo en los barrios y en las cantinas de mala muerte de la ciudad fronteriza.

PRÓLOGO

De repente, ella apareció en mi vida.
Miss Sinaloa... esperando.
Placidez.
Éste es un coche bonito, ¿no?
Vamos a darnos un tiempo.

He estado en un país lejano con ella y ahora he vuelto. El aire de la mañana tiene un gusto fresco, la noche ha sido asesinada por el amanecer, y ahora la luz acaricia mi cara. Masticar ceniza y huesos es mi desayuno habitual. Bebo, a mi salud, un vaso de sangre.

Ella no habla. Yo ya no escucho.

El país lejano se me ha quedado en la ropa y en el pelo. Puedo olerlo aquí en la mañana. Lo he traído conmigo y ahora viviremos juntos el resto de mis días.

Un rojo maduro brilla en sus labios y de su piel blanca queda la fragancia.

Ernesto Romero Adame, treinta y tres años, día de Año Nuevo, 2008. Está sentado en su Volkswagen Jetta 2005 negro. Tiene agujeros de bala en el cuello, la garganta y el pecho; murió en el acto y espera en la avenida Triunfo de la República. Es el primer funcionario asesinado de la temporada.

Veinte minutos después de la medianoche, el domingo 20 de enero, Julián Cháirez Hernández es encontrado muerto, asesinado con arma de fuego. Era teniente de la policía municipal y tenía treinta y siete años. Siete horas y diez minutos más tarde, Mirna Yesenia Muñoz Ledo Marín es encontrada dentro de su propia casa. Está desnuda y ha sido apuñalada varias veces. Tenía diez años de edad. El lunes, 21

de enero, a las 7.50 de la mañana, Francisco Ledesma Salazar es asesinado en su camioneta. Tenía treinta y cinco años y era coordinador de operaciones de la policía municipal. Los disparos provenían de un grupo de hombres a bordo de otra camioneta. A las 9.30 de la mañana, el cuerpo de Erika Sonora Trejo es encontrado por la policía en el baño de su casa. Tenía treinta y ocho años y ocho meses de embarazo; la policía piensa que su suegro la ha asesinado con un hacha. Más tarde, ese lunes, a las cinco de la tarde, un esqueleto, de un año de edad, aparece en el desierto. Esa noche, alrededor de las 20.40, Fernando Lozano Sandoval es asesinado en su camioneta con una ráfaga de cincuenta y una balas. Tenía cincuenta y un años y era el comandante de la Oficina de Investigaciones de Chihuahua. Dos vehículos, una camioneta roja y un coche gris, figuran en el ataque. Posteriormente, Lozano es trasladado a un hospital de El Paso, Texas, porque el de Ciudad Juárez últimamente ha recibido visitas de sicarios que pasan a saludar a pacientes heridos, con el ánimo de terminar su trabajo.

La lista aparece en Ciudad Juárez, en el monumento a los agentes de policía caídos en el cumplimiento de su deber. Bajo el título «Los que no han creído» están los nombres de cinco policías recientemente asesinados. Y bajo el título «Para aquellos que continúan sin creer» hay diecisiete nombres.

Con el aumento de asesinatos a principios de 2008, los rumores comienzan a extenderse y el ejército mexicano incrementa su número de efectivos en Ciudad Juárez y en todo el norte de Chihuahua. El 13 de febrero, los soldados encuentran, dentro de una casa, veinticinco armas grandes, cinco de pequeño calibre, siete granadas de fragmentación, 3.494 cartuchos de diferentes calibres, un montón de chalecos antibalas, ocho radios y cinco vehículos con matrícula de Sinaloa. El 16 de febrero, encuentran veintiún hombres, diez fusiles AK-47, más de 13.000 dosis de cocaína, 2,1 kilos de base de cocaína, uniformes

variados, algunos del ejército mexicano y otros de la AFI (Agencia Federal de Investigación, el equivalente mexicano del FBI), 401 cartuchos, 760 gramos de marihuana y tres vehículos con matrícula de Sinaloa. El 21 de febrero se incautan de un helicóptero.

El 20, siete hombres son detenidos por el ejército. Más tarde dicen que los soldados los golpearon con cables, entre otras monerías.

Alrededor de las 20.00, la noche del miércoles 5 de marzo, un hombre se arrastra sobre el piso de baldosas blancas de una pequeña panadería cerca del centro de Juárez. Ha desaparecido dos días y es policía de tránsito de la ciudad. Juan Rodríguez, de sesenta y cinco años, mira desde su mostrador, donde hay pan, bizcochos y caramelos, a ese hombre que se arrastra, descalzo, golpeado y con todas las insignias de su uniforme de policía arrancadas.

Entonces oye desde el mostrador a Carlos Adrián de Anda Doncel, que dice: «¡La policía no, por favor! ¡No llame a la policía!».

En cambio, llama a su esposa y le dice: «Mi amor, estoy bien».

Cinco minutos después es rescatado por miembros de su propia unidad. Dos días más tarde huye de la ciudad. Su comandante dice que esas ausencias le costarán el empleo. Tiene tres hijos.

Cuatro días después de que el policía secuestrado y golpeado apareciera en la panadería, Rodríguez me ofrece un bizcocho y no acepta que se lo pague. Cuando le pregunto acerca del policía asustado que le pidió que no llamara a la policía, me dice en voz baja: «Ya no puedo hablar de eso».

El silencio ha vuelto de nuevo a esta ciudad de dos millones de almas. El gobernador de Chihuahua vive recluido desde enero, dicen que debido a una misteriosa enfermedad; sufre una parálisis facial. La policía municipal ha anunciado que ya no atenderá llamadas y que permanecerá en la comisaría.

Las notas de prensa de aquella noche dejan claro que el regreso

del policía fue un milagro, un hecho histórico, porque sus secuestradores —que nunca serán nombrados o identificados— le «perdonaron la vida».

Durante el fin de semana anterior, siete hombres murieron ejecutados; uno de ellos era un capitán del ejército mexicano que trabajaba en los servicios de inteligencia y murió el domingo en la mañana mientras conducía su coche por una avenida de Juárez. Para el lunes 3 de marzo, ochenta y nueve asesinatos habían sido perpetrados desde el día de Año Nuevo.

Durante 1999, en Juárez no hubo evidencia pública de ninguna ejecución; esto quiere decir 365 días sin cadáveres abandonados en la calle, a la usanza acostumbrada: las manos atadas a la espalda con cinta adhesiva, la boca cubierta con cinta y una bala en la cabeza. Luego, el día 366, los cuerpos comenzaron a aparecer de nuevo. Los juareños piensan que ese año sin ejecuciones fue un saludo de bienvenida para Patricio Martínez, el nuevo gobernador electo. Y que el regreso de las ejecuciones, y de los cadáveres abandonados en la calle, también era un mensaje para el gobernador después de su primer año en el cargo.

Juárez siempre ha suministrado a los estadounidenses lo que necesitan —alcohol durante la prohibición, mujeres en todo momento, opiáceos cuando estaban prohibidos en Estados Unidos, divorcios rápidos cuando el matrimonio se vuelve amargo—, como el resto de México, la ciudad ha funcionado como una asociación entre las organizaciones delictivas y el gobierno. La geografía ha hecho de la ciudad el enlace entre el centro de México y las arterias de transporte de Estados Unidos. En la década de los ochenta, las principales rutas de la cocaína pasaron de Florida a México, y Juárez se convirtió en la beneficiaria de este cambio. Los beneficios aumentaron exponencialmente, y en 1995 el cártel de Juárez ganaba 250 millones de dólares a la semana, según datos del Departamento Estadounidense Antidroga (DEA). Para proteger ese dinero, la violencia creció en la misma medida que la corrupción del gobierno local. Pero nada de aquel pasado de vicio, drogas,

corrupción y dinero pudo preparar a la ciudad para esa violencia que, súbitamente, comenzó a experimentar. Juárez había tenido entre doscientos y trescientos asesinatos al año, durante la década de los noventa y los primeros años del nuevo siglo. De pronto, un mes de cuarenta o cincuenta ejecuciones parecía tranquilo (el récord anterior de asesinatos en la ciudad había sido de treinta y nueve, en septiembre de 1995). Un nuevo día había comenzado, y parecía más oscuro que la noche.

Me siento en la acera, en una calle de tierra sembrada de baches. A diez cuadras de distancia se levanta una nueva iglesia católica, un enorme edificio rojo con cúpulas de azulejos amarillos, puertas de madera fina y brillantes vitrales de colores en las paredes. La iglesia está rodeada de *pick-ups* y camionetas con ventanillas oscuras. En el interior, la gente reza. En contraste con las calles de tierra y la pobreza general que la rodea, la gran iglesia nueva parece un milagro. Pero en esta ciudad no lo es. Al igual que las discotecas y los grandes restaurantes de Juárez, no está construida con ladrillos y cemento, sino con narcodólares.

Nadie habla de esto.

Nadie lo duda.

Pero ahí donde me siento en la acera, el mundo está vinculado a la iglesia y a la gente que este domingo reza ahí. Del otro lado de la calle hay una casa de dos pisos, pintada de amarillo y verde, con marcos de acero en las ventanas y una antena parabólica. De un lado al otro de la sucia calle de tierra, hombres de uniforme oscuro, con chalecos antibalas y ametralladoras con tripié están buscando algo. Excavan en busca de cadáveres en un edificio, que está más abajo. Puedo oír voces apagadas, el ladrido de los perros, el susurro de la ropa que se seca en un tendedero. Arriba, el sol acecha detrás de las nubes. Detrás de mí, en el patio, hay un altar de la Virgen de Guadalupe, con una parra y un gran ramo de rosas. La excavación lleva varios días. Hay mucho que desenterrar.

Estoy de pie en el desierto. Un loco me está hablando. Dice: «Alguien me está atacando. Me contrató para cometer un asesinato. Mi familia es de Estados Unidos».

Lleva una camisa deportiva color rosa.

Estoy sentado en un café.

El mesero pregunta: «¿Por qué has vuelto? ¿No has terminado todavía?».

Yo le digo que en la ciudad se siguen matando unos con otros.

Se ríe.

Estoy en el lugar de locos cuando un hombre retrasado mental me da un libro para niños.

Se lee: «Un día de mucho viento, durante la época de la cosecha, la Codorniz canta una canción, mientras el Coyote anda por ahí.

»“Enséñame tu canción o voy a comerte”, grita el Coyote.

»Pero la canción de la Codorniz no es una canción común, y el Coyote puede terminar tragando más de lo que esperaba».

Ése es claramente el riesgo.

El domingo, un hombre en un Dodge Neon muere a tiros.

El miércoles, dos policías golpeados y torturados son encontrados debajo de un puente, cerca del cementerio. Ese miércoles, en la noche, aquel policía se arrastra dentro de la panadería.

El jueves, es ejecutado otro hombre.

El viernes, siete hombres son masacrados por las autoridades en la capital del estado.

El sábado, cerca del lugar de locos, un hombre es ametrallado en su coche.

El domingo es liquidado un guardaespaldas de la policía.

Al principio hice una lista, traté de ver una secuencia en los acontecimientos, traté de encontrar las causas y los efectos.

Entonces lo entiendo y me rindo.

Aparecen los policías secuestrados y golpeados; bueno, el secuestro nunca fue mencionado hasta que súbitamente reaparecieron.

No se hace público el nombre del policía liquidado, ni tampoco el hecho de que estaba en cierta lista el nombre del comandante que estaba bajo su custodia.

Los nombres de los siete hombres asesinados en la capital del estado tampoco se hacen públicos.

Cuando cruzo de El Paso a Juárez, en enero, el río está seco. Nueve mil puestos de trabajo han desaparecido en los últimos meses, al tiempo que se hunde la economía. Hace treinta y tres grados y todo está sereno. El aire es espeso y hay un rastro de hogueras apagadas que dejaron los pobres. Un vendedor camina con una pila de periódicos en la cabeza mientras evita, cuidadosamente, pisar los charcos.

Todo ha comenzado ya, pero aún no ha sido dicho en voz alta. El principio vendrá más tarde, cuando los muertos sean tan numerosos que no podamos callarlos.

Él es realmente importante. Parece que entra y sale de la cárcel en Nuevo México. Está ilegalmente en Estados Unidos, eso es cierto, pero tiene una lista de injusticias que quiere denunciar, injusticias en el país desde hace trece años.

Por ejemplo, las autoridades de Estados Unidos tratan de entrevistarse con él cuando está demasiado cansado para hablar. Además, tiene problemas gastrointestinales y rara vez se le da el medicamento correcto en el momento adecuado. Tiene una infección en el brazo derecho y tampoco recibe el tratamiento adecuado. Los guardias lo golpearon y le dislocaron el hombro. Él dice que los guardias juegan con sus medicamentos y que va a volverse loco. Además, una vez un dentista le perforó un diente hasta que se desintegró.

Ha estado bebiendo en exceso desde los diecisiete años. Sí, ha habido apagones. Cuando era joven se metió marihuana e inhalantes.

No hay antecedentes suicidas en su familia; aunque es verdad que

su padre bebía mucho y era violento, y que su mamá también era violenta y una vez, cuando era niño, trató de estrangularlo.

Las notas del médico dicen que tiene la barba rala y que a veces se le va la cabeza. No entiende lo que le pasa, pero el médico no cree que ese hombre pueda representarse a sí mismo frente a las autoridades. A la postre Estados Unidos lo regresará a México.

Y entonces terminará en ese lugar de locos en el desierto de las afueras de Juárez.

Es parte de una historia que nunca se ha contado.

Hay un ritmo de violencia casual en la ciudad del que casi nunca se habla. Para poder meter mano en el pulso de la ciudad, el alcalde de Juárez vive en El Paso. El director del diario de Juárez también vive en El Paso. El director del diario de la capital de Chihuahua viven en Nuevo México. Un número creciente de empresarios de Juárez vive en El Paso. Los jefes de la industria de la droga también tienen sus casas en El Paso.

Pero para el ciudadano medio de Juárez esa mudanza no es una posibilidad. Le faltan el dinero y los documentos para vivir en Estados Unidos.

El invierno se desliza hacia la primavera y se acelera la temporada de asesinatos; los pobres siguen con su vida en Juárez y a menudo encuentran ahí mismo la muerte. La nueva violencia simplemente abulta sus vidas cansadas.

Una mujer y su novio están sentados en el coche, bebiendo y discutiendo. La hija pequeña de ella está en el coche también. En determinado momento el hombre manda a la niña a una lavandería cercana. Cuando la niña vuelve se da cuenta de que su madre no se mueve. El novio dice que está durmiendo y se lleva a la niña a casa. Más tarde, las autoridades determinan que la mujer murió a causa de un desgarré en el hígado. Tenía cuarenta y siete años cuando su novio hizo una pausa para dejar de beber y matarla a golpes. Es el comienzo de marzo.

El domingo 15 de marzo una violenta tormenta de polvo barrió la ciudad. En las últimas treinta horas se han reportado seis asesinatos. La gente vuela cometas por toda la ciudad.

Hay un informe de una mujer golpeada por su marido. Ella escapa con sus dos hijas. Él la sigue. Su Mercedes es hallado vacío.

El periódico informa de que los ciudadanos se quejan de los cortes en el tráfico, porque la policía cierra de golpe las calles para investigar la escena del crimen.

Más adelante, mucho después de los asesinatos que salpicaron toda la ciudad, el alcalde de Juárez da una entrevista. Es junio y ahora dice que él sabía, desde principios de enero, que la temporada de asesinatos se avecinaba: no explica cómo llegó a poseer el don de la profecía. Dice que fue informado de que los asesinatos comenzarían el 6 de enero, aunque pronto se dio cuenta de que, en realidad, empezaron el día 5. No tiene importancia, los asesinatos se dan entre dos organizaciones criminales y no incluyen a los ciudadanos decentes de Juárez. Él es el hombre que está al mando y dice: «No te preocupes».

Hay aquí un sistema de consuelo. Nadie sabe realmente quiénes son los malos en Juárez. Hasta que son asesinados, y una vez que son asesinados, todo el mundo sabe que son malos porque la gente buena no tiene nada que temer. El alcalde dice que sólo hay cinco inocentes entre las 500 personas que han sido asesinadas hasta hoy. Lo que significa que los asesinos, sean quienes sean, le han revelado a la ciudad 495 personas malas que nadie conocía hasta que los disparos los desenmascararon.

El alcalde admite que hay «falta de tranquilidad» en Juárez.